XXXII.

Envuelta en una bata de raso azul claro, adornada de encajes, Diana de Limours estaba verdaderamente arrebatadora. El sol penetraba en el estudio, vertía un torrente de luz sobre aquella mujer adorable, hacía resaltar en toda su admirable belleza la tez de alabastro, los labios coralinos y la cabellera rubia con cambiantes metálicos, sin más adorno que una peineta, y pronta á desbordarse en ondas de oro al más leve impulso. Sentía frío sin duda, y se ceñía la ropa en vez de

dejarla flotar. Así, bajo la fina seda, todas las líneas de su cuerpo escultural se dibujaban con singular limpieza, y el seno, los hombros y las caderas, desafiaban la corrección de formas de las artísticas estatuas que por doquier había en el estudio. Á primera vista se descubría que ni corsé ni justillo separaban el raso de la carne; que el cuerpo, completamente libre, en toda su desnudez, palpitaba debajo del vestido.

Con una mirada abarcó toda la estancia: sonrió satisfecha, y sus ojos reflejaron un mundo de ideas placenteras. Todo estaba en su sitio. Los cuadros, los lienzos, los pinceles, las flores. El trabajo comenzado hacía mucho tiempo, aquel trabajo interminable, pues que nunca se concluía...., permanecía sobre el caballete.

Mal dispuesta para trabajar, lánguida, andando con dejadez, fué hasta dejarse caer sobre el diván que estaba en su rincón favorito. Con la vista perdida en el espacio, los ojos á medio cerrar, la boca entreabierta como para recibir un beso, y las narices dilatadas cual si aspirasen delicioso perfume, se entregó á una meditación que tenía algo de éxtasis.

Albertina Jeanrond, desde su escondite no perdía un detalle. Con un ojo pegado á la improvisada mira, observaba inmóvil, conteniendo la respiración. La oscuridad del gabinete hacía resaltar el estudio más alumbrado todavía, ponía más de relieve los objetos, y les daba mayor vigor de tonos.

Transcurrió media hora.

Diana de Limours interrumpió su meditación para fijar la vista en un reloj de estilo Luís XVI que adornaba la pared enfrente de ella, y á medida que las agujas giraban, su frente se oscurecía, sus labios se contraían, y parecía más inquieta.

Pero resonó ruído de pasos en el corredor. Las nubecillas que empañaban la alegría de su alma se desvanecieron súbitamente. Se levantó, y con paso rápido, sin languidez ya, corrió á la puerta; ésta se abrió, y apareció en ella Jorge Fontaine.

No bien volvió á cerrarse y cayó la cortina, el joven se precipitó en brazos de Diana, que por largo espacio le retuvo entre ellos, dándole el largo beso del regreso, de la nueva vista, de la llegada....

—¡Cuánto has tardado! ¿De dónde vienes?

—Del Palacio de Justicia. Todo marcha á pedir de boca para nuestro amigo. El Juez de instrucción cree saber quiénes son los culpables.

—Aurelia, la doncella de Laura Vivian, y el testigo Bertin, fueron los asesinos; ¿verdad?

—Sí: es decir, Albertina Jeanrond y Pedro Vignot, que estos son sus nombres verdaderos. Mas, por desgracia, todavía no han caído en poder de la justicia.

—¿Habrán huído al extranjero?

—No. Merle, el agente de policía que tan buen servicio nos presta ahora, asegura que no pueden haber salido de París; busca sin cesar el escondite donde se ocultan, y sin duda dará con él, porque es hombre muy listo.

—¡Es tan grande París!

—Es verdad. Pero serios indicios hacen que los lugares sospechosos de ocultar á esos bribones se limiten á dos ó tres barrios. Merle estuvo por la mañana á buscarme para pedirme antecedentes, y esta tarde le volveré á ver. Es un prodigio de sagacidad. De hipótesis en hipótesis, fundándose en los detalles más pequeños y en los menores recuerdos de su época de servicios en la prefectura, ha llegado á reconocer á los culpables bajo sus nombres supuestos y sus disfraces. Además, tiene picado el amor propio, y no descansará hasta entregarles á los tribunales y probar así que no se equivoca tan fácilmente.

Albertina ya no observaba; con el oído atento, escuchaba temblorosa aquella conversación aterradora.

—Sin embargo, á pesar de tanto celo y tan grande inteligencia, ¿quién sabe si llegará al objeto que se propone? Y entonces....

—Pedro será juzgado de nuevo, porque desde el momento en que se incoó causa criminal contra él, por fuerza ha de terminarse, aunque la sentencia sea declarando su inocencia de la manera más completa. Pero esto no pasa de ser una pura fórmula. El fiscal pedirá la absolución, y el jurado se apresurará á dictarla. Luego sobrevendrá el otro proceso, y en él se condenará á los verdaderos culpables.

—¿Y si no los han cogido?

—Serán condenados en rebeldía.

—Por mi parte (dijo la Duquesa), he dado un paso que me ha salido bien. Ma-

ñana lo más tarde, nuestro amigo será puesto en libertad bajo palabra.

—¡Ah!—esclamó Jorge, que de súbito se quedó suspenso.

—¿Tienes miedo?—le preguntó Diana, abrazándole y mirándole con ternura.

—No. Tengo una fe ciega en ti; pero su primera visita será á esta casa: ¿y qué le dirás?

—La verdad pura y neta.

—Preciso es. ¡Pero va á resultarle tan cruel!

—Menos que te figuras.

—¿Por qué?

—Es imposible que la sublime conducta de tu hermana, su mismo sacrificio, no le hayan impresionado.

—¿Y crees?....

—Que la amará.... si ya no está enamorado de ella.

—No puede ser. ¡Te quería tanto!....

—¿Quién lo puede asegurar? Comparando con el tuyo su amor, dudo, Jorge mío. Yo impresioné su imaginación; halagaba su amor propio; pero su corazón hacía mucho tiempo que pertenecía á la amiga de la infancia á quien veía diariamente, á la

cual le ligaban vínculos purísimos, y en quien debía notar un interés hermano del amor verdadero. Y aunque así no fuera, si aún me amara, el golpe que voy á darle, la confesión que le haré, le curarán para siempre, créeme.

—¡Quizás sea como dices! Pero de mí, ¿qué pensará? No temo su cólera. Tengo miedo sólo de ver enfriarse nuestra intimidad de hermanos.

—Tu hermana la reanimará. Además, tus servicios, tu interés, ¿no deben atenuar sus agravios? ¿Dudaste de él cuando todos le acusaban? ¿Le has abandonado un momento siquiera? ¿No has desenvuelto un ardor por defenderle, una constancia y una voluntad sin límites? Cuando se proclame su inocencia y quede libre y con la honra incólume, ¿á quién se lo deberá?

—En gran parte á ti. La mejor influencia sobre el Juez la ejercieron tus declaraciones.

—Bueno. Así y todo, mucho interés has desplegado, y, como el mío, debe servir para que los dos obtengamos su perdón. Porque es cierto que nos hemos amado...., más sin olvidarle.

Bien pronto dejaron de hablar de Pedro Morlain, para consagrarse por entero á su pasión. Las caricias se sucedían sin punto de reposo, mejor dicho, un beso interminable unía sus labios, y sus corazones latían isócronos y confundían sus latidos. En la inteligencia de que nadie podía sorprenderles, protegidos como estaban por los biombos esparcidos por el estudio, que interceptaban la vista entre la puerta y el fondo de la estancia, refugiados en su querido asilo, en su templo, se entregaron á los más frenéticos transportes de su amor, de su locura.

Así transcurrió largo espacio. De súbito Diana se desasió de entre los brazos de su amante, recogió el peinador que se le había deslizado de los hombros y yacía en el suelo, se envolvió en él con viveza, y pálida y temblorosa, exclamó:

—¿Has oído, Jorge? No estamos solos. Alguien está oculto detrás de la cortina del gabinete.

XXXIII.

Algunos instantes le bastaron para reponerse, y entonces, sin vacilación, con paso firme y actitud resuelta, se dirigió al lugar en donde sintiera el ruído causa de su sobresalto; levantó la tapicería, y apareció Albertina agazapada en un rincón, lívida de miedo.

La Duquesa la reconoció, y agarrándola por un brazo, la hizo salir.

—¿Qué hacía V. ahí?—le preguntó.

Albertina encontró en su viva imaginación un recurso salvador.

—Perdóneme la señora Duquesa; mi pecado fué la curiosidad.... Me habían hablado mis compañeras de los cuadros y de las maravillas que había aquí; al pasar, estaba la puerta abierta, me atreví á entrar para verlo, oí pasos y la voz de la señora, y entonces, asustada, me metí en ese gabinete.

—¡Luego sabía V. que existía!

—Vi ese escondite, y.... Estaba levantada la punta de la *portiere*....

—Está bien; salga V., y vaya á buscar á mi ayuda de cámara José: él le arreglará la cuenta, y antes de una hora estará V. en la calle.

Albertina sintió que un peso se le quitaba de encima: no creía salir tan bien parada. No había tenido tiempo para apoderarse de los millones; pero conservaba su libertad. Enteraría á Vignot de lo que había oído, y huirían juntos.

Con la cabeza baja, como arrepentida de lo hecho, se dirigió hacia la puerta; cuando Jorge Fontaine, silencioso hasta entonces, se interpuso, y la dijo:

—Quieta ahí.

—¿Por qué?—preguntó temblorosa.

—Déjela V. marchar. No merece que nos ocupemos más de ella, — dijo Diana.

—No, Duquesa; se engaña V. si cree que ésta es una criada como las demás, sorprendida en flagrante delito de curiosidad ó de traición. Se trata de una antigua pensionista de Saint-Lazare: hablábamos de ella hace un momento; se hacía llamar últimamente Aurelia; pero su verdadero nombre es Albertina Jeanrond.

—¡Albertina!....—dijo la Duquesa, aproximándose.

—¡Yo! ¡yo!.... ¡Mentira!—balbuceó la querida de Vignot.

—¿Crees que no te conozco? Estuvimos el mismo día en el *Tribunal d'Assises*, y ¿supones que no me fijé bien en la testigo que declaraba contra mi mejor amigo? Sí, no lo dudes; has venido á caer precisamente en la casa en que más interés se tiene por librar á Morlain y cogerte.

—¿Pero en efecto es ella? (dijo la Duquesa.) Entonces voy á hacer que la prendan.

Albertina estaba aterrada: huir era el único recurso, y esta idea la prestó ánimos. De pronto, con agilidad inconcebible, pa-

sando por detrás de Fontaine, ganó la puerta, y quizá hubiera escapado, á no estar cerrada; pero mientras procuró abrirla, Jorge pudo sujetarla y conducirla hacia el interior del estudio, al mismo tiempo que decía á la Duquesa:

—Llame V.

Entonces, vencida por la fuerza, la falsa Aurelia quiso esgrimir las armas de la amenaza. Diana se dirigió á un timbre eléctrico; é iba ya á poner el dedo sobre el botoncillo de marfil, cuando la Culebra dijo:

—Piense V. bien lo que va á hacer. Si llama, si me prenden, yo también hablaré, y entonces....

—¿Qué quieres decir?—preguntó Jorge amenazándola.

—Quiero decir (respondió Albertina muy pálida, con voz ronca y mojándose sin cesar los labios con la lengua) que desde mi escondite, donde hice un agujero, he sorprendido los secretos de la señora Duquesa. He presenciado los transportes de su pasión, de su loco desenfreno y su exquisito arte. Es peor que yo. La gran señora, famosa por sus virtudes, no me aventaja en costumbres,

y aun tendría yo mucho que aprender de ella. Un indiscreto suspiro, de envidia quizá, me ha perdido. Si no me dejan salir, lo diré todo, absolutamente todo. Sin olvidar un detalle les contaré sus amores de Vds. á los criados, al Duque, á los agentes de policía, á los jueces, al mundo entero....

—Perfectamente (dijo tranquila la Duquesa): vas á ver el caso que hago del mundo.

Ya había apoyado un dedo en el botón del timbre, cuando de pronto Jorge la detuvo, y le dijo en voz baja:

—No llames; acaba de ocurrírseme la siguiente idea. Si mandas prenderla, su cómplice se nos escapará; finge miedo, y déjala marchar: ganemos tiempo. Detenla una hora por lo menos, que yo haré que la espíen.

Y en voz más alta, para que lo oyera Albertina, añadió:

—Se lo suplico á V., Duquesa: va en ello su honor; quedaríamos en evidencia.

Como si aparentara ceder, Diana respondió:

—Pero mi deber es entregar esta miserable á la justicia.

—¡Piense antes en V.; en nosotros dos!

—Y si la dejo en libertad, ¿quién me asegura que no hablará?

Albertina, que estaba en el opuesto extremo del estudio, apoyada en la pared, lívida y anhelante, exclamó:

—¿Qué objeto tendría para hablar? Si V. no me hace daño, ningún interés puedo tener en vengarme.

La Duquesa aparentó dudar aún. Después, como si adoptara una resolución, dijo:

—Bien; en todo caso, la policía sabrá encontrarla. Pero aquí había papeles importantes sobre esta mesa, cartas en ese cajón. ¿Quién me responde de que no los ha cogido antes de llegar yo? Consiento en que se vaya; pero sin llevarse nada.

—Regístreme V.,—dijo Albertina.

—No es ese mi oficio (replicó la Duquesa): mis criados se encargarán de hacerlo. Señor Fontaine, hágame el obsequio de llamar al ayuda de cámara de mi confianza, á José; está en el primer piso. Le encargaré de esta muchacha, con lo cual evitaré el escándalo; por eso no llamo. No tenga V. cuidado en dejarme sola, que nada tengo que temer de esta mujer.

XXXIV.

Transcurrieron algunos minutos. Apoyada en los tapices que cubrían la puerta, la Duquesa impedía salir á Albertina. Retirada ésta en un ángulo del salón, dirigía oblicuas miradas sobre su guardiana. Una idea se le ocurrió: ¿por qué no lanzarse sobre la Duquesa y con las uñas destrozarla el traje? De esta suerte quedaría completamente desnuda, y á la llegada de los criados habría de retirarse de la puerta y ocultarse, con lo cual le dejaría franco el paso para escapar.